

**LA NOVELA
CORTA**

181

10 cts.

LA CIUDAD DE LOS OPALOS
por
F. Villaseca



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Sumario de obras publicadas en la novela TEATRAL

Galdós.-49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-*Sor Simona.

Benavente.-9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-*Más fuerte que el amor.-*La princesa Bebe.-*El dragón de fuego.

Quintero.-66 Doña Clarines.-71. El Patio.-75. La escondida senda.-88 El niño pródigo.-**Pepita Reyes.

Guimerá.-113. María Rosa.-114 Tierra Baja 186. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El Cardenal.-99 La Cizaña.-101. Bodas de plata.

Martínez Sierra.-29 Primavera en otoño **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136 Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia. **Dicenta.**-7. El lobo.-14 Sobrevivirse.-24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José.

Zorrilla.-188. El alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

Villaespesa.-10. El Rey galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcazar de las Perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

Ramos Carrión.-84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviána.-45. Pa-

rada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-15. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Perecuto.

Ramos Carrión-Vital Aza.-147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en desdoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

Echegaraz (Miguel).-44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El duo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir

Arriches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolores.-21. La señorita de Trevez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arriches - García Alvarez.-15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El Príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

Paso Abati.-13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

Perrin-Palacios.-74. La Corte de Farad.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cine matogronafonacional.-218. Certamen nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-223. Las mujeres de Don Juan.-146. El país de las Hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatías.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!.-134. Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!.-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carillo.-143. El Revisor.-144. Blas Jimeno.-148. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequeta.-173. Jettatore.-159. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El Tenor.-185. El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?.-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las Camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las mortallas.-220. Los pipos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227.- El soldado de San Marcial.-228. Judith.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El Padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joapuin.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Lavina.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que merca el ejemplar
(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

1-7-603/81 R. 42760

LA CIUDAD DE LOS OPALOS

NOVELA INÉDITA

FRANCISCO VILLAESPESA

1

Le conocí, nace ya más de diez años, mientras mi juventud aventurera y pródiga, convalecía de un largo y doloroso romanticismo, tonificada por los vientos del mar, el oro del sol y las fragancias de los jardines, bajo la beatitud celeste y aterciopelada de los claros y divinos cielos de Portugal.

Todas las tardes le encontraba, en el ferrocarril de Lisboa a Monte Estéril, reclinado indolentemente, en lánguidos escorzos de sultán somnoliento, en los divanes del fumador, siguiendo con voluptuosidades pueriles las azules y caprichosas volutas de humo de su charuto habano, que al escapar entre sus labios acorazonados y carnosos, dejaban, en la capifosa molicie del vagón, algo así como el vaho cálido y fragante de una selva tropical.

Desde el primer momento absorbió, plenamente, mi atención, despertando en lo más recóndito de mi espíritu esa curiosidad persistente y terca del que se empeña en reconocer, entre la confusa muchedumbre de una borrosa fotografía, los rasgos imprecisos y lejanos de un viejo amigo de la infancia...

Su figura era, intimamente, familiar a mi memoria, aunque no podría precisarlos si topé con ella en las asperezas de la realidad o si la encontré, vagando por las galerías milenarias de un cuento...

Mas, en la Vida o en el Ensueño, yo tengo la certidumbre de haberme inclinado reverente ante la autoridad de su paso, entre el golpear de las alabardas, el batir de los tambores y el resonar de los clarines en alguna remota y fastuosa ceremonia palatina.

Las novelas «Inéditas» que publica esta Revista son pagadas como INEDITAS, y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Alto y fuerte, esbelto y ágil, poseía ese vigor heroico y esa gracia patricia, síntesis de la suprema belleza varonil, que tan bizarra nente esculpió Eugenio de Castro en aquella rotunda y ejemplar imagen, digna de inmortalizarse en el bronce de un bajorrelieve:

«La potencia de Nestor en las manos de Helena.»

Su rostro, grave y sereno, de amplia frente ovalada mejillas y mentón prolongado, ostentaba, al par, en su máscara altiva y augusta, la ascética austeridad de los caballeros del Greco y la pálida elegancia de los príncipes de Velázquez, todo ello ennoblecido por las profusas sombras de las luengas barbas, que le caían hasta el amplio tórax, partidas en el centro y cuidadosamente rizadas y peinadas, como las de un orgulloso monarca asirio.

En sus ojos, grandes, profundos y rasgados, parecían luchar, en un deslumbrante pugilato de acerados destellos, los días nantes negros del trópico y los zafiros traslúcidos de los lagos polares.

Y este reñido combate de estirpes distintas y de sangres diversas, se extendía también a lo largo de sus cabellos frondosos, de sus barbas fluviales, de sus cejas imperativas y de sus pestañas ensoñadoras, donde en medio de su negrura agorera, brillaban, a veces, hilos de oro, tan pálidos que hacían el efecto de canas prematuras.

La arrogancia de su porte, la distinción de sus modales y la clásica majestad de su testa, me hicieron pensar en los augustos retratos de esos legendarios paladines, que decoran, con el prestigio de sus golas y el damasquinado de sus armaduras, con sus púrpuras y sus armiños, sus coronas y sus cetros, el lujo severo y heráldico de las pinacotecas reales en los castillos y en los alcázares idealizados por las más protigiosas leyendas de la Fe, del Amor y de la Gloria...

¿En qué país lejano, en qué reino de fábula habían contemplado mis ojos esta superba y última fior de dos razas? ..

¿En el fondo de qué tela inmortal de un viejo maestro italiano, había admirado, bajo la glorificación perenne de una corona de laurel, la nobleza pensativa de aquella frente y la voluptuosidad golosa e insaciable de aquellos labios bermejos y frescos como una granada recién abierta?...

Me recordaba, a veces, la potencialidad dominadora, la voluntad imperiosa y el orgullo disciplinado, que son como la suprema trilogía de la Vida, en el austero auto-retrato del divino Leonardo.

Otras, me evocaba la fisonomía caballeresca, tocada por una roja boina con borla de oro, de don Carlos de Borbón, tal como le había visto, en mi niñez, en un cuadro con marco de filigrana de plata y bajo un dosel con los colores nacionales, presidiendo las ceremonias y asmáticas tertulias de viejos mayorazgos y orondos prebendados, en los severos estrados de mi nobilísimo pariente don Manuel Fernández de Loizaga, Caballero de Calatrava, Maestrante de Ronda y ayudante de campo del Barón de Sangarrén, en la sangrienta jornada de Montejurra.

En algunos instantes, pensaba también en un Leopoldo II, en plena madurez afrodisiaca, lejos aun de las decrepitudes libidinosas y de las decadencias inconfesables, que le hicieron, buscando un rayito de sol para su invierno, acurrucarse, jadeante y temblor, como un falderillo friolento, entre las sedas y los encajes perfumados y extenuantes de la Cleo de Merote...

Y, cansado, al fin, de tantas y tantas fantasías, saltame a la plataforma, a refrescar mi espíritu con la contemplación de los maravillosos panoramas costeros, hasta que las montañas de la Otra Banda emborronaban sus frágiles perfiles en la sombra crepuscular, y el Sol se hundía en un relampagueante desmoronamiento pirotécnico, en la lejanía azul y roja, más allá de la dese abocadura del Tajo, allí, por donde se perdieron para siempre, en el misterio de la noche y de la leyenda, las empavesadas galeras del Rey don Sebastián, el último lusiada...

—¿Quién será?—inquirió, de pronto, trémulo de curiosidad, un poeta, rasurado como arcipreste, con melenas de bohemio y monocle de diplomático.

El poeta dejó caer su monocle, con un gesto que envidiara Chamberlain, y ensordinando la voz en empalagosas dulcedumbres de gelatina, musitó a mi oído:

—Ya averigüé su nombre... Es el héroe de un cuento de Jean Lorrain... Su Majestad, el Rey de los Opalos...

Y con la mirada nadando en exóticas voluptuosidades, nos señaló al pintor y a mí, las manos del misterioso personaje. Unas manos largas, finas, descarnadas, de una blancura pálida de marfil viejo y de una fragilidad diáfana de porcelana; manos, a cuya belleza concurrieron, depurándose y acendrándose en el crisol de los siglos, todos los tesoros de bellezas de cien generaciones, manos que son la herencia más preciada de una raza, amasadas por el supremo artifice de la selección, con las lises más nobles de la heráldica y las hostias más puras de la fe...

En sus dedos, afuselados y rítmicos, ágiles y casi traslúcidos, centelleaban, en anillos de oro y plata trabajados a cincel, a la manera de los antiguos orfebres florentinos, las más extrañas y fabulosas floraciones de ópalos que pudo soñar, bajo el influjo perturbador del haschid, la fantasía desorbitada de un suntuoso Kalifa de «Las mil y una noches», o, en las alucinaciones delirantes de la morfina y del éter, la imaginación calenturienta, casi posesa, del más refinado discípulo de Dorian Gray o Mr. de Phocas...

Opalos verdes como esmeraldas, en cuyas selvas llameaban maravillosos incendios de iris; azules como zafiros, en cuyos lagos amanecían milagrosas auroras boreales; morados como amatistas, en cuyas transparencias se deshojaban las rosas de un crepúsculo maimo; dorados como topacios, en cuyos cielos relampagueaban fugitivos chipazos de sol, nacaraciones de luna y fosforescencias de estrellas...

Y todos estos fulgores de maravilla, todas estas claridades ultraplanetarias, todas estas luces de apoteosis arcangélica, aurolaban de una belleza nueva la belleza antigua de sus manos...

En la ancha corbata de seda negra, como una nebulosa combustionada, se desangraba en un lagrimear oscilante de soles de oro, otro ópalo de un rojo más enérgico que el rubí y más resplandeciente que el diamante...

Y todas estas gemas prodigiosas parecían vivir, mirarme, trémulas de deseo, como si en el fondo de ellas, encantadas en sus reflejos, almas desconocidas nos ofreciesen las virginidades imposibles de los amores más absurdos y los nuevos escalofríos de voluptuosidades aun no sospechadas...

Y a estos llamamientos invisibles, despertaban, en lo más recóndito de nuestra carne y de nuestro espíritu, mundos caóticos de sensaciones impresentidas, balbuceos de esperanzas inverosímiles y un hormiguear hambriento de anhelos desmesurados...

Y mientras nosotros sufríamos el embrujamiento de sus joyas, el desconocido, ajeno a todo, en la muelle comodidad de su asiento, con beatitud de faquir, seguía contemplando las quiméricas espirales de su habano, que se dilataban, se rompían para volver a juntarse, plegándose como velos, enlazándose en arabescos y en columnatas de prodigio, hasta formar nebulosas alhambras de ilusión, que se disipaban en derrumbamientos de pedrería, por la ventanilla del vagón...

En la estación del Monte Estéril, le esperaba siempre un magnífico automóvil, de un azul eléctrico, guiado por un chauffeur negro, con librea roja y blanca...

Y en él se perdía, a toda velocidad, por las umbrosas avenidas de los jardines,

resoplando hedores de gasolina sobre la cálida fragancia de las rosas, el aliento carnal de las magnolias y los perfumes desfallecientes de los jazmines y las madereselvas...

Y el aullido lúgubre y desgarrador de su bocina hacía enmudecer de espanto a los primeros ruiseñores que ensayaban sus trinos a la luna naciente, y apagaba los ecos melódicos de las violas y de los violoncellos, que en las terrazas del Hotel de Italia desfallecían de amor, acompasando su ritmo con la armonía palpitante y epitalámica del mar lejano...

III

Por fin llegué a conocer algunos detalles de la vida del Rey de los Opalos, detalles que excitaban mi curiosidad en lugar de aplacarla.

Se hacía llamar el Conde Max de Ragusa, y hacía poco más de un mes de su arribo a Lisboa, a bordo de un gran trasatlántico holandés...

Alquiló en Monte Estéril la más bella y lujosa quinta, frontera al Gran Casino, con un parque espléndido, cuyas terrazas daban al mar.

En ella habitaba, sin más compañía que el chauffeur negro y dos ancianos, de aspecto militar, que hacían las veces de mayordomo y de ayuda de cámara.

No visitaba el Casino, ni concurría a ninguna tertulia veraniega, ni aun a aquellos suntuosos saraos con que la Duquesa de Palmela, hacía revivir la magnificencia de sus gloriosos antepasados, en su hermoso castillo, cuyas torres almenadas se reflejan en las olas, sobre el pintoresco camino de Cascaes.

Las verjas de su jardín solo se abrieron para dar paso a S. M. el Rey don Carlos y al Infante don Alfonso, quienes, con gran sorpresa y admiración de parte de los curiosos agrupados en la puertas del Gran Casino, permanecieron toda la tarde en la morada del Conde.

Y esta visita regia nimbó de un nuevo prestigio su nombre.

Se echó a volar la fantasía: se forjaron leyendas románticas, intrigas políticas, y hasta novelas folletinescas...

Que si era un Gran Duque ruso escapado de la Siberia; un sultán destronado; un príncipe alemán que traía poderes del Kaiser para librar a S. M. Fidelísima de la influencia inglesa...

Algunos, en torno de la ruleta del Gran Casino, llegaron a desenterrar el poema de amor y de renunciamiento de aquel heredero de la corona de Austria, que un día desapareció de la corte de Viena, sin dejar tras de sí más huellas que la estupefacción que produjo su renuncia a uno de los solios más altos de Europa...

Y esta conjetura llegó a adquirir tal auge, que hasta un cronista de crédito la dejó entrever en la prosa olorosa a tocador y untuosa de pomadas de una revista de salones...

Y más de una fidalga, pálida y sentimental, puso los ojos en blanco, y dispuso, con su abanico de plumas, un flébil y vagoroso suspiro, como si quisiera arrojar de su corazón de tórtola en celo y de su cabecita de golondrina en primavera, el mariposar deslumbrador de una idea perturbadoramente absurda, que le hacía olvidar, por algunos instantes, las zalamerías procaces de su galguito inglés, y, por muchas horas, la reciente novela de Paul Bourget y la última romanza de Tosti.

IV

Bien fuere por el prestigio romántico de tantas conjeturas o por el sortilegio irresistible de sus épalos, lo cierto fué que el Conde de Ragusa llegó a constituir

una verdadera obsesión de mi espíritu, y que al penetrar, siquiera en los umbrales, del misterio en que se envolvía, me preocupó constantemente durante aquellos bellos días, en los cuales el ardor de la canícula se atemperaba con las brisas del mar, las fragancias de los jardines y las risas claras y cascabeleras de unos labios más frescos y musicales que los surtidores del Generalife.

¿Cómo llegamos a entablar amistad el Conde y yo?...

Un periódico que se cae, una cerilla que se precisa, el ofrecimiento de un cigarro, el usted perdone de un tropiezo casual, la entrega de algún objeto olvidado en la redécilla del tren: todas esas pequeñas naderías que constituyen los eternos motivos de charla en todos los viajes empezaron por aproximarnos...

Afinidades misteriosas y simpatías súbitas hicieron el resto.

Salimos de mañana a pasear a caballo, a tonificar nuestros cuerpos y a deslumbrar nuestras almas en la contemplación de los maravillosos paisajes que entre las desgarraduras de las nieblas iban surgiendo a nuestro paso...

Un jirón de mar, en cuyo azul trémulo florecían las rosas llameantes de la aurora, que flotaba en la distancia, como una isla de fabulosos corales en un borrasco oceánico de humos grises; Pazo d'Arcos, que blanqueaba entre el verdor oscuro de sus arboledas, y en cuyas altas torres prendía el sol victoriosos gallardetes de oro y púrpura; Lisboa, lejana, que a la falda de sus umbrosas colinas empezaba a desperezarse de sus sueños de plata, peinando sus cabellos, húmedos aun de rocío, a la orilla del Tajo, como ante un espejo de cobre bruñido; los perfiles suaves, casi femeninos, de las montañas de la Otra Banda, donde las aldeas y los sembrados, los huertos y las casas de campo aparecían envueltos en velos llameantes de un rosa pálido salpicado de lentejuelas de oro; y, por último, ya en plena apoteosis solar, la bahía de Cascaes bordeada de jardines, de chalets, de cabañas de pescadores, y en cuyo centro, entre pequeñas embarcaciones veleras, se destacaba la silueta ágil, esbelta y grácil del yate real. Y a nuestro frente, escalas de montes rocosos, coronados de altos árboles que ascendían y ascendían hasta confundirse con el cielo...

Abajo, la cinta blanca de la carretera, tallada en la roca viva del acantilado que conduce al embrujado socavón marino, profundo como un cráter, donde aun en horas de calma, las olas chocan y rugen, hirviendo en apocalípticas convulsiones de espuma, hasta desbordarse por aquel fatídico embudo que la superstición popular ha denominado La Boca del Infierno...

La conversación se enredaba, las más de las veces, en comentarios políticos y en apreciaciones literarias, o en evocar recuerdos históricos y países lejanos...

La voz del conde se aterciopelaba en un castellano con languideces criollas al describir una estupenda obra de arte, un monumento célebre o una ciudad perdida en el misterio de una isla casi desierta.

Su espíritu era amplio y fuerte, sin restricciones ni prejuicio de casta; su cultura, sólida y vasta; el espíritu comprensivo y la cultura experimental del hombre que habla siete idiomas, que ha recorrido las cinco partes del mundo, y que conoce, además, la amargura y la vanidad bíblica del que ya no encuentra en ningún libro ni una página inédita que leer...

Y estos diálogos, truncados a veces por largos silencios de meditación o de recuerdos, fueron eslabonando, con engarces de diamantes, la más desinteresada y espontánea de las amistades.

V

Un día, como le hablara yo de sus ópalos, encareciendo la belleza y variedad de sus matices, me respondió sonriendo dulcemente, con la voz un poco velada:

—No valen gran cosa. Con el importe de uno lechoso de Hungría podríamos adquirir una colección como esta. Yo los uso por capricho y porque tengo, además, la evidencia de que son el más poderoso talismán contra todas las acechanzas del destino. Si éste que ensangrienta las águilas de oro esmaltadas en este anillo, no lo hubiera olvidado su dueño, fuera otra la historia de gran parte del mundo.

Hubo una pequeña pausa, como si una sombra cruzase entenebreciendo por un instante la serenidad de su espíritu.

Después, quitándose del meñique una sortija de plata repujada, donde centelleaba como un alba primaveral el verdor cristalino de un ópalo, me la ofreció con las divinas frases d'annunzianas:

—¡Pequeña como una gema, grande como un destino! Aceptadla en mi nombre. ¡Os traerá la buena suerte!

Y sin dejarme tiempo para agradecer su fineza, picó espuelas a su alazán y, saludándose con un nervioso movimiento de la fusta, se perdió por la senda, entre una nube de polvo que el sol naciente hacía resplandecer como si fuese de chispas de diamantes.

Aquella noche, en el salón de la baronesa de Lemos, se comentó la dádiva, y todos a una convinieron que no debía usar aquella piedra, imán irresistible de la desgracia y de la mala fortuna.

Un pintor de ojos de fiebre y barbas foscas, murmuró con la voz ahogada en lágrimas:

—¡A un ópalo le debo mi fracaso en la última exposición!... ¡Me lo regaló mi rival!

—¡Un ópalo llevaba mi marido cuando se suicidó en Monte Carlo!—gimoteó teatralmente una joven viuda, cuyo luto parecía hecho a propósito para realzar su hermosura pálida de rubia sentimental.

Y hasta hubo un anciano diplomático que afirmó, solemnemente, que el reuma que padecía era también hijo del maleficio de un ópalo.

Se recordaron anécdotas, se repitieron leyendas, y creo que se inventaron proverbios y hasta sentencias de los padres de la Iglesia para condenar al pobre ópalo que, seguro de su castigo, parecía deshacerse en lágrimas, pidiendo no solo clemencia, sino también que le dejaran brillar a la luz encerrado en su fino arillo de plata repujada.

Continuó la salmodia de las protestas.

—¡Le traerá la desgracia!...

—¡No obtendrá medalla en la exposición!...

—¡Se suicidará como mi marido! ..

—¡Padecerá de reuma!...

—¡No tendrá tranquilidad!...

—¡Ni amor!...

—¡Ni fortuna!...

Solo unos labios frescos y musicales, más frescos y musicales que los surtidores del Generalife, ahogaron la más dulce de las sonrisas entre los encajes de un pañuelo...

Elios sabían que aquella misma tarde, en el cenador de una glorieta, me habían dado, con sus besos, todas las felicidades, todas las glorias, y todas las embriagueces que existen y pueden existir en los cielos y en la tierra.

VI

Una mañana me despertó, en un brusco sobresalto, un violento golpeteo que amenazaba desgondar las puertas de mi cuarto del Hotel Italia. Abrí malhumora-

do y en el umbral apareció la negra y atlética figura del chauffeur del conde de Ragusa.

Sobre su frente de ébano crepitaba el sudor; sus músculos hercúleos se estremecían en un temblor continuo y progresivo de azogado, y hasta en el fondo tenebroso de sus enormes pupilas de animal nocturno se cuajaba el espanto, en el iris de una lágrima rebelde próxima a desbordarse... Tartamudeó, en silbos entrecortados de pánico:

—Mi señor cayóse dentro Boca de Infierno... Caballo romper bridas y morir despeñado... Al señor le portaron pescadores, sangrando como un león... ¡Venid presto, que señor se muere!... Y toda aquella osamenta de periquetería, charolada de betún, pareció desplomarse en un sollozo desgarrador, mordiendo y desgarrando las palabras entre la blancura alucinante de sus dientes de chacal joven.

—¡Pobre señor!... ¡Pobre señor!... ¡Alá le salve!...

Me vestí como pude y seguí, verdaderamente impresionado, la silueta del negro, que caminaba repitiendo como un estribillo las frases anteriores, deslizándose entre los árboles, con su paso rápido, ágil, cauto y mudo de cazador de antílopes.

En la verja de aquella quinta que por primera vez iba a abrirme sus secretos, unos cuantos pescadores comentaban el caso en torno de una camilla, en cuya blanca lona se destacaban trágicos manchones de sangre...

Atravesamos el amplio parque por una larga avenida de cipreses y de araucarias, en cuyas glorietas los surtidores parecían llorar las primeras luces del día sobre la sonora cavidad marmórea.

Subimos la blanca escalinata, ornada de grandes macetones de pórfido, desbordantes de toda una lunática primavera de flores exóticas y plantas raras, y me hallé, por fin, en el vestibulo, tapizado de viejas telas de Oriente, con geométricos bordados de plata y oro, enlazados en curvas y serpenteos de pesadilla.

El medroso parpadeo de una lámpara árabe aleteaba melancólicamente en las penumbras, como si un viento misterioso la quisiese apagar... Los pasos se disipaban en las ricas alcatifas de Persia, como si fuéramos también sombras de sombras...

El doctor Moreira salía acompañado del viejo mayordomo.

Pude escuchar algunas palabras, graves y agoreras, subrayadas de pesimismo fatales, por gestos desesperados de impotencia.

—Gravísimo, ¿para qué ocultarlo?... Solo un milagro de Dios o de la Ciencia podrá salvarlo... Sin embargo, la naturaleza es fuerte... Puede reaccionar... Vuelo a buscar a mis colegas para de nuevo reconocer las heridas.

El mayordomo, pálido como un muerto, ordenó al chauffeur, sin poder refrenar su emoción:

—¡Pronto, el automóvil!... ¡Acompaña al doctor.

Después, volviéndose a mí, y haciéndome un saludo casi militar, murmuró con la voz rota en sollozos:

—¡Pase usted, caballero!... ¡Pase usted!... Mi señor desea verle, y ahora, después de esta primera cura, parece que se quedó más tranquilo.

—¿Y su estado es de gravedad?—insistí.

—¡Gravísimo!... ¡Se teme que tenga rota la columna vertebral!

Y limpiándose con el dorso de la mano una lágrima que corría por sus avellanadas mejillas, queriendo emboscarse en la canosa marea de sus mostachos recortados, según la moda militar del sesenta y ocho, tal como aparecer en los viejos retratos del excelentísimo señor don Ramón María de Narváez, primer duque de Valencia y capitán general de los ejércitos de Su Majestad católica doña Isabel II, el pobre viejo proseguía en una lamentación ahogada, a fuerza de ser intensa:

—¡Qué desgracia, Dios mío!... ¡Qué desgracia!...

Y levantando tapices y descorriendo cortinajes, me condujo, a través de lar-

gas galerías de cristales, de amplios y lujosos salones y de una espaciosa y elegante biblioteca, hasta la cámara del enfermo.

Todo aparecía envuelto en una semioscuridad discreta y confortadora; los estores caídos, las ventanas entornadas; un tenue reflejo verde de jardín se tamizaba en la paz conventual de la estancia.

Una lamparilla de porcelana rosa mariposeaba sus timideces sobre el mármol negro de una consola...

El enfermo yacía inmóvil, sobre un amplio lecho de caoba, bajo un dosel de damasco carmesí, con rapacejos de oro, en cuyo fondo parecíame distinguir la rapacidad cesárea de algunas águilas de plata...

El rostro palidecía sobre el blancor de las holandas ornadas de encajes antiguos de Venecia, y sus largas barbas fluviales, temblaqueaban sobre el pecho jadeante, contraído y convulsionado, a veces por profundos estremecimientos dolorosos.

Mas ni sus labios ni su faz reflejaban nada que no fuera una calma augusta y severa de retrato real, como si su máxima voluntad encajase sobre sus facciones la impassibilidad inflexible de una máscara de bronce. Al verme, con un gesto cordial, me indicó un alto y blasonado sillón de viejo cuero de Córdoba, que parecía esperar a alguien a la cabecera del lecho.

Tomé asiento, y después de una pequeña pausa, su voz pura y fresca, como si el dolor y la fiebre no hubiesen aun clavado sus garras en ella, murmuró:

—Perdonad que os haya molestado... Sois la única persona que estimo en este país, y necesitaba hablaros por si tengo necesidad de usar de... vuestros repetidos ofrecimientos de amistad... No quisiera, si mi camino llega a su fin, abandonar la tierra madre, dejando en ella secretos que pudieran ser causas de comentarios equívocos y suposiciones aventuradas. Mi mayordomo os entrará un libro de memorias... A vuestra discreción lo confío...

A pesar de la tranquilidad aparente de su acento, yo adivinaba el esfuerzo inaudito, los dolores enormes, que aquellos labios tenían que morder, para conseguir articular cada palabra...

Le respondí procurando también dar a mi acento la seguridad y la calma suficientes para no traspasar mis inquietudes:

—Mi amistad está en absoluto a vuestras órdenes... Pero no os fatiguéis ahora... Tiempo tendremos para conversar después; cuando un sueño reparador haya tranquilizado vuestro espíritu... Entre tanto, yo espero en vuestra biblioteca hojeando vuestros libros...

Quiso objetar algo, pero el viejo mayordomo intervino, imponiéndole silencio con un gesto:

—El doctor Moreira os ha prohibido terminantemente conversar, hasta que el reposo, y este calmante que vais a tomar ahora, produzcan sus efectos reparadores en vuestro organismo...

Y había en sus palabras tal ternura paternal, que el enfermo, sin un gesto de protesta,apuró el brebaje que le ofrecía en una jicara de plata...

El mayordomo me hizo una señal, como invitándome a salir, y levantándose, quedamente, me escurrí, como una sombra, tras el tapiz de la puerta, medio mareado por el olor a yodoformo, a éter, a ácido fénico, a sangre y a fiebre, que impregnaba la cámara, amortiguando los suaves perfumes de las colonias, los cosméticos, los jabones y las pomadas del ancho tocador de caoba coronado por una luna de Venecia.

VII

En las penumbras meditativas de la biblioteca, sobre un diván de piel negra,

amplio y muere como un lecho, esperé reclinado, con un libro cogido al azar entre los dedos, sin fuerzas para leer...

A lo lejos, en la mancha verde del jardín, estremecían el silencio los alaridos de los pavos reales.

Llegó el doctor Moreira, en compañía de dos colegas jóvenes y un ayudante, cargado, este último, por sendas cajas de operaciones.

Penetraron en la cámara...

En el jardín, callaron los pavos reales y empezó a gañir un perro, como si le mostrase sus dientes rechinando a algún peligro que avanzaba envuelto en las primeras sombras de la tarde...

De la cámara llegaban, ensordinados por los cortinajes, rápidos cuchicheos, rumor de pasos cautos, tintinear de instrumentos metálicos, estremecimientos de agua, y un vago desgarramiento de telas.

El negro y el ayuda de cámara, entraban y salían, rápidamente, conduciendo palanganas de agua enrojecida, vendajes e hilas manchados de una sangre sucia, casi terrosa, frascos y toallas...

De pronto apareció el mayordomo, desencajado, lívido, deshecho en lágrimas, tambaleante...

Tuve que sostenerlo en mis brazos...

—¿Qué pasa?

—Lo que presentía el Doctor Moreira... ¡Todas las esperanzas perdidas!... Hay que avisar a un confesor... ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!... Me ofrecí a buscar un sacerdote amigo...

Una hora después, el enfermo, sin fuerzas ya para confesarse, recibía la Exremaunción, con las pupilas dilatadas, casi rasgadas, como si quisiera decirnos con la mirada el naufragio eterno en que se hundía, todo aquello que se estrangulaba entre sus labios tumefactos por los cuales se le escapaba el aliento, gorgoteando, en burbujas, como por los agujeros de un odre de cuero...

El rostro palidecía más, tornándose, a trechos, cárdeno, y a trechos, verdoso, como si se fuesen acumulando, bajo la piel de cera, todas las podredumbres...

El sacerdote, a la cabecera del lecho, oraba...

Los doctores, la gente de la casa y yo, con grandes cirios flameando en las manos, repetíamos, de rodillas, las santas oraciones, mientras el monago, en las pausas, hacía resonar la campanilla litúrgica.

El agonizante apretujaba contra el pecho, entre sus dedos crispados, un pequeño crucifijo de marfil antiguo...

En los intervalos de silencio, se oían, a lo lejos, el aullido lúgubre de los perros, cada vez más desesperados, cada vez más rabiosos, como si acometiesen, erizados de espanto, a la sombra de un fantasma que avanzase, cautelosamente, entre los miedos penumbrosos del crepúsculo...

Tembló un tapiz; crujió un mueble, y, algo pasó, como una ráfaga helada, a nuestro lado...

Los cirios se estremecieron... Petrificóse la oración en los labios...

Ondearon las cortinas del lecho...

El moribundo debatiese, en bruscas sacudidas convulsivas, como si brazos invisibles de garfios de acero lo descoyuntasen...

Todos sentimos el golpe de la esquelética Guadalupe...

La faz se hizo más pálida aún; entre los labios asomó una baba sanguinolenta, en torno de la cual zumbaban dos tercas moscas, ávidas de podredumbres...

—¡Gloria in excelsis Deo!—plañó el sacerdote...

—¡Amén!—gemimos todos...

Un acre perfume a cera y a muerte nos asfixiaba...

Campanas lejanas anunciaban el Angelus, en un clamor cerámico de epoteosis cristiano...

El murmullo sollozante de los rezos apagó el último aliento en los labios del moribundo...

Todo cesó, de súbito, hasta el aullido de los perros y el clamor de las campanas...

Solo volvió a escucharse el crepitar doloroso de los cirios y el terco y trémulo zumbido de las moscas...

Las manos temblonas del mayordomo cerraron, para siempre, aquellos grandes y profundos ojos, en cuyo fondo parecían luchar aún, en un pugilato de acorados destellos, los diamantes negros del trópico y los zafiros translúcidos de los lagos polares...

Y así murió, en un dorado y melancólico crepúsculo de Septiembre, en su suntuosa residencia de Monte Estéril, el noble Conde Max de Ragusa, mientras en las avenidas del parque, sobre las anchas copas de las fuentes de mármol, se deshojaban, a las primeras claridades de la Luna, la nieve efímera de los últimos rosales veraniegos.

VIII

El viejo mayordomo, me entregó, encuadrado en tafilete con cantoneras de oro, el libro de memorias del Conde Max de Ragusa.

De sus páginas arranco unos cuantos fragmentos, aquellos que pueden dar un poco de luz sobre lo más interesante de su vida:

—«De todos mis recuerdos, los de la infancia son los que aparecen más precisos, como envueltos en una claridad transparente de cristales.

Mi vida es como un túnel: solo se ve la luz de su fondo.

Recuerdo, como si lo viese en este mismo instante, un viejo castillo, en la cima de los Apeninos, cuya siueta feudal, de altas torres almenadas, se reflejaba en los claros zafiros de un lago. En ese lago nadaban blancos cisnes... Era para mí una alegría inmensa ofrecerles pedazos de bizcocho en las palmas de mi mano...

Un aya inglesa vigilaba bondadosamente mis primeros pasos.

En los grandes salones del castillo, siempre a media luz, me estremecían graves y extrañas sombras que parecían desprenderse de los antiguos retratos...

Un día se abrieron todas las puertas y los ventanales... Lacayos, luciendo espléndidas libreas, poblaron los patios.

Sobre la torre del Homenaje flotó al viento una bandera, y los aires se hicieron dulces y sonoros con el eco de los cantos y las músicas de las zampoñas aldeanas...

Aquella mañana, mi aya me despertó muy temprano, a los primeros trinos de las alondras...

Rizó y perfumó mi cabellera castaña...

Resonaron a lo lejos clarines y tambores... Yo palmoteaba de gozo, desde la ojiva...

En un recodo del camino aparecieron grupos de ginetes, y, tras ellos, varias carrozas...

Bajáronse los puentes, y en los empedrados del patio relampaguearon, resonantes, los herrajes de los corceles...

Los ginetes vestían dolmanes azules con cordones de oro. Sobre sus cascos flotaban plumas más blancas y rizadas que las de los cisnes del lago... De una de las carrozas, descendió un caballero joven y rubio, que al contemplarme en el ventanal, me sonrió, con una sonrisa que aun me ilumina de sol el alma...

Rápidamente subió la escalera de honor, y, sonriendo siempre, penetró en la sala...

De los brazos del aya pasé a los suyos...

Me estreché contra su corazón, cubriéndome de besos, mirándome y remirándome con sus grandes ojos azules, y, volviéndome a besar como no me habían besado nunca...

Recuerdo que su bozo, tímidamente rubio, me hacía cosquillas en los labios... Después me sentó a caballo, en sus rodillas, y mis manos acá icieron, hasta fatigarse, las condecoraciones de piedras preciosas que fulguraban sobre el paño rojo de su uniforme y la dorada empuñadura de su espada... Aquel joven caballero, ante el cual todos se inclinaban profundamente, llamándole alteza, era mi padre, según supe once años después...

Mi madre, una noble princesa italiana, por cuya sangre corría la sangre de la familia Julia, sangre donde se funden las estirpes de Scipión, el vencedor de Aníbal, y de Julio César, el subyugador de las Galias, murió al darme a luz en el mismo castillo donde se deslizó mi infancia...

Después de esta pincelada de luz, se abre, durante algunos años, un paréntesis de monotonía, tan solo perturbado por la llegada de mi maestro, un sacerdote romano...

Todas las mañanas, en el salón cuyos ventanales dan al lago, me tomaba las lecciones del silabario y me llevaba la mano para trazar los primeros palotes, premiándome con la narración de historias y hechos tan extraordinarios, que me hacían soñar despierto con hazañas y aventuras semejantes. Esta monotonía terminó con un largo viaje a través de Italia, Suiza y Francia para embarcar en Cheburgo, en una fragata inglesa, al Nuevo Mundo, siempre bajo la vigilancia de mi aya y de mi maestro.

Ambos rivalizaban en hacerme olvidar, con su cariño y sus desvelos, las amarguras de mi niñez huérfana....

El mar me causó una profunda impresión de infinito, tanto que mi fantasía de niño me hacía llamarle EL SENO DE DIOS...

Y, cuando lo veía encrespase irritado, alzándose en olas tumultuosas hasta los cielos, y amenazando hundir nuestra nave en sus abismos, llamaba a mi aya y le decía:

—¡Rezemos, aya, que Dios está irritado contra nosotros!...

IX

Desembarcamos en Veracruz, donde perdí a mi aya...

Después de un viaje interminable, a través de selvas inmensas, de montañas colosales, pródigas en los más soberbios paisajes, llegué, (en una pesada carroza, custodiada por una veintena de ginetes, que tocaban sus alborotadas melenas con amplios sombreros cónicos, cuyas alas ribeteaban cordoncillos de plata), a una vieja ciudad, enclavada en un valle fértil, al arrimo de frondosas colinas...

Esa ciudad se llama Querétaro, nombre indígena, que significa, según yo creo, Juego de Pelota...

Mi maestro y yo, nos alojamos en un antiguo convento que elevaba sus torres, en una vetusta plazuela solitaria, tapizada de altas hierbas, entre cuyas piedras salían a veces, a tomar el sol, las lagartijas, las comadrejas y los camaleones...

En las salas amplias y macizas, blancas de cal y con una franja de azulejos verdes, bermejos y amarillos, pasaba las horas declinando voces latinas y griegas; resolviendo complicadas ecuaciones matemáticas, a trazos de tiza, en los pizarriles; recorriendo, con un puntero, todo el mapa-mundi; incrustando en mi memoria los hechos y los nombres más gloriosos de la Historia; aprendiendo a conocer a Dios, en los sencillos relatos de las Santas Escrituras y en vagas no-

ciones de Teología; deletreando las sutiles maravillas de los poetas clásicos, y copiando a veces, en anchas hojas de papel granulado, los perfiles y los torsos de las estatuas de escayola que adornaban el estudio, y hasta algunas casitas, con sus arroyos serpenteantes, sus grupos uniformes de árboles y sus vaquitas pastando junto a un puente, tendido al lado de un molino...

En las horas de asueto, corría por los grandes patios encuadrados por pensativas hileras de cipreses, con sus cuadros de césped y sus arrietes de flores, con sus palmeras y sus cafetos crecidos en amplios toneles pintados de verde, y su fuente monumental, en el centro, donde nadaban peces multicolores y en cuya taza ancha y cóncava, la música de los surtidores al desgranarse sobre el mármol, perfumaba de frescura el silencio conventual.

Los días de precepto me llevaban a oír misa a Santo Domingo, uno de los templos más antiguos de la ciudad.

En las unciosas penumbras de sus capillas, me arrodillaba devotamente, ante los vetustos retablos... Mas, recuerdo, que, a pesar de mi fervor, a veces me distraían los rayos del sol al atravesar los altos ventanales.

Las armonías del órgano, la dulzura de las letanías y el perfume del incienso arrobaban mi alma en blancos ensueños arcangélicos, que subían hasta el cielo por escalas etéreas, semejantes a las que oblicuamente penetraban por los rosetones de las altas vidrieras...

Me encantaba la música de las campanas, lo mismo la frescura cristalina del alba que la algarabía vocinglera de la salutación angélica; igual el repique-
teo sonoro y prolongado del Angelus que las graves y lentas evocaciones de las Animas...

Conocía, por sus sonos, las de todas las iglesias y conventos.

Aquellas, herrumbrosas y orondas, que parecían cavar en el silencio con azadones de bronce, eran las de Santo Domingo; aquellas otras, tintinantes, como esquilas de rebaño, las de las Carmelitas; las otras, gangosas y cascadas, las de San Francisco...

Las de San Sebastián eran vibradoras y parlanchinas, como alondras mañaneras; las Mercedarias, cascabeleras y chirreantes, como las golondrinas; las de Santa Teresa se arrullaban, como palomas, y había otras que trinaban como los zenzontles...

Y todas despertaban a las primeras claridades de la aurora, cuchicheaban, reían, se perseguían; parecían bromear, reñir, acariciarse, besarse, atravesando la ciudad, extendiéndose por los huertos, por las haciendas, por los caminos, por el azul sereno, en un temblor, en un aleteo prolongado, en un vuelo de plata, de oro y de cristal...

Conservo los nombres de algunas calles; nombres que encierran leyendas, que evocan tradiciones y consejas, y nos hablan de otros tiempos y de otras razas: de indios y de encomenderos, de brujas y de encantamientos, de amores y de cuchilladas...

Calles de la Zonaja, del Desafío, del Sol Divino, del Tesoro, de la Espada, Cinco Señores, Malfajadas, Quemadero, Azucena, Matanzas, Triste, Poca Fortuna, y Degollada, leyenda esta última que me estremeció de miedo por primera vez...

Calles estrechas, tortuosas a veces, empedradas, de casas que recuerdan con sus fachadas sobrias y pesadas, sus portalones y sus ventanas de artísticos herrajes, con su silencio azul y su paz dorada, el aspecto señorial y místico de las viejas ciudades españolas...

En cada plaza se elevaba un templo, con sus cúpulas de media naranja, sus torres esbeltas y cuadradas y sus atrios adornados con toscas imágenes de piedra...

Una tarde, estando dibujando en la pizarra un mapa de México, penetró en mi celda de estudio, un bizarro militar, que lucía el vistoso uniforme de la guardia imperial.

Entregó unos pliegos a mi maestro, y, mientras los leían y comentaban, en voz baja, los dos, junto a la ventana, yo miraba a hurtadillas al recién llegado, atraído por el brillo de sus charreteras, sus condecoraciones, y la empuñadura de su espada...

Era el capitán Montiel, de origen español, que de orden de S. M. Imperial Maximiliano de México, venía a encargarse de mi educación militar...

Cuando me dieron la noticia, desde el fondo de mi inocencia infantil, rogué al Señor que protegiese la vida de aquel noble Emperador, que tanto se interesaba por los pobres huérfanos...

Además no pude reprimir mi alegría: reía, palmoteaba, saltando, loco de contento, pues calzar espuelas y ceñir espada, fué siempre el sueño de oro de mi niñez solitaria, huérfana de cariños maternos, y ansiosa de renovar las gestas más heroicas y las hazañas más épicas de la Historia.

Sobre todo, me encantaba la idea de conquistar reinos y estados, en los cuales, como en los del César Carlos V, no se pudiese nunca el Sol...

El capitán Montiel, hoy mi mayordomo, empezó a enseñarme los primeros ejercicios militares...

Al terminar las clases, me narraba gloriosos hechos de armas, en los que él había tomado parte, como alférez abanderado de un regimiento carlista.

Un día colmó mis esperanzas, haciéndome cabalgar en una jaquita castaña,

Galopábamos todas las tardes por los alrededores de la ciudad.

Cruzábamos, bajo los enormes arcos del acueducto del Marqués. Trepábamos por las vertientes pedregosas del Cerro de las Campanas... Por cierto, que siempre, al pasar por allí, me sentiguaba, recordando las consejas del vulgo que hacía a aquellas ásperas soledades, lugar de cita de todas las brujas de la comarca...

Nos perdíamos por las frescas alamedas del camino de Celaya, y, a veces, ascendíamos hasta la cumbre de la colina de Sangremal, para contemplar, a la caída de la tarde, el espléndido panorama de la ciudad dorada al fuego por los últimos resplandores del Sol... El río Blanco corría como un incendio. Parecía lamer con sus llamas los puentes y los huertos de sus riberas.

Yo vivía feliz, con mis libros, mi jaquita, y las historias que me narraban mis maestros...

Sólo en algunos momentos sentía una vaga envidia por aquellos harapientos rapaces, libres y contentos como pájaros, que trepaban a los árboles para alcanzar nidos, se metían hasta la cintura, en el río, para perseguir a los peces, y batallaban, a pedradas, en las callejuelas de los suburbios.

XI

Una mañana me despertó el tronar de los cañones, un repique general de campanas, y un rumor de gentes jubilosas que cruzaban las calles.

El capitán Montiel, apareció de gran uniforme.

— Levantaos — me dijo... El Emperador está a las puertas de Querétaro.

Salimos. En todos los balcones pendían tapices y flotaban banderas naciona-

les... Las calles estaban alfombradas con ramas frescas y hierbas olorosas, como en la procesión del Corpus.

Y ante mis ojos atónitos, deslumbrados por el brillo de los uniformes, de las armas y de los arneses, desfiló el cortejo Imperial... En el centro, solo, ginete en un fogoso corcel, engualdrapado de terciopelo y oro, apareció la noble y augusta figura del Emperador. Saludaba, sombrero en mano, a la multitud, que le aplaudía frenéticamente, vitoreándole hasta enronquecer, cubriendo su camino de flores y de palomas...

Y tras él, a corta distancia, iban sus generales predilectos: Meíja, Miramón, Ramírez de Arellano y Méndez.

Yo aun conseguí en mis ojos el centelleo triunfal de aquel día, y podría dibujar la figura de Maximiliano, risueña y arrogante, saludando con un noble gesto a la multitud...

Al día siguiente me despertaron antes que amaneciera. A la luz de un candelabro, el propio capitán y mi viejo maestro, me ayudaron a vestir.

Me pusieron un traje de terciopelo azul oscuro, con cuello y puños de encaje blanco...

—«Vamos a ver al Emperador Maximiliano... Su Majestad, gran amigo de los niños estudiosos y buenos, desea conocer vuestros adelantos»—me dijeron.

[Ver al Emperador!... Se iba a realizar el más bello sueño de mi vida, pues desde que me mostraron su retrato, que presidía, a la derecha de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, la cabecera de mi lecho, había sentido por él la más irresistible simpatía...]

XII

En una carroza atravesamos parte de la ciudad, hasta el Palacio que le servía de alojamiento...

Dos generales con sus charreteras de oro, sus entorchados y sus condecoraciones, salieron a nuestro encuentro. Sus manos me ayudaron a descender de la carroza... La guardia rindió armas a su paso, y con ellos penetré en la estancia del Emperador...

Apenas me vió, corrió a mi encuentro, me estrechó contra su corazón, besándome, mirándome y remirándome, con sus grandes ojos azules, donde pareciome advertir algo como un temblor de lágrimas...

—Caballerito—me dijo en italiano—, estoy muy contento de su aplicación, y, espero, en breve, recompensaros...

Me hizo cabalgar en sus rodillas, y mis manos se entretuvieron acariciando las condecoraciones y el puño de su espada...

No me atrevía a respirar; así, sobre sus rodillas, ante aquellos ojos azules que me miraban húmedos de ternura y ante aquellos labios que me conían a besos, recordaba la mirada y los ojos de aquel joven caballero, que en su carroza, cerca lo de húsares, había llegado una vez al viejo castillo de los Apeninos, y cuyo recuerdo iluminó siempre, como un sol, mi memoria...

Volví a verle varias veces, siempre a la misma hora y siempre recibíendome con las mismas muestras de cariño...

Sus propias manos me ciñeron la espada y me calzaron las espuelas.

XIII

Llegaron días aciagos... Los cañones y la fusilería atronaban los espacios.

Patrullas armadas cruzaban la ciudad, y por las calles se veían camillas con heridos...

En una plaza cercana al convento, ví, humeantes aún, los escombros de una casa incendiada por una granada...

Una noche me despertaron los gritos, las descargas de fusilería y el galopar de los corceles... Retumbaba cercano el cañón y a cada estampido precedíalo un relámpago... Parecía que la ciudad se desplomaba...

El sacerdote, pálido como un muerto, penetró en mi cuarto, y tomándome de una mano, me dijo con lágrimas rodándole por sus secas mejillas:

—¡Arrodíllate, hijo mío, y pide a la Virgen, con todas las fuerzas de tu inocencia, que salve al Emperador!...

Café de rodillas y con las manos trémulas de mi maestro entre las mías, que temblaban también, deshecho en lágrimas, como si su llanto me hubiese contagiado, recé con toda la fe de mi alma...

Seguían atronando los cañones; se oían, de cuando en cuando, choque de espadas, descargas de fusilería y gritos de desesperación...

Un formidable tumulto de voces atronó bajo nuestros balcones:

—¡Viva la República!... ¡Muera el Usurpador!... ¡Viva México libre!

Y al clamor de los gritos retemblaron las puertas y crujieron los vidrios...

En el umbral apareció el capitán Montiel, con el uniforme desgarrado, la cara y las manos ennegrecidas por la pólvora, y la espada tinta aun en sangre hasta la empuñadura.

—Todo se ha perdido. El Emperador acaba de caer prisionero en el cerro de las Campanas. El ejército está copado... Un traidor dió entrada por el Convento de la Cruz a las fuerzas republicanas... ¡La ciudad es suya!...

Nosotros seguimos, sollozando y orando, de rodillas...

A lo lejos, tronaba el cañón y seguían las descargas...

—Su Majestad me dió el encargo, mejor dicho, me ha confiado a este niño, y por eso aquí he venido, a salvarle...

Muchos días después, vi por última vez, al Emperador...

Estaba en la prisión de las Capuchinas... Un oficial republicano, cuyo nombre colmaré eternamente de bendiciones, me condujo a su presencia.

Un candelabro alumbraba penosamente la estancia...

El emperador me estrechó en sus brazos, y yo sentí sus lágrimas humedecer mis cabellos:

—Sé bueno, mío filio; estudia y hazte un hombre...

Me arrancaron de sus brazos y yo salí llorando, con el corazón encogido, y en varias noches no pude dormir, recordando siempre aquel *mio figlio*, pronunciado en el italiano más triste y dulce que he oído en mi vida...

Al día siguiente, el 11 de Junio, caía estoicamente Maximiliano, engañado por todos, en el Cerro de las Campanas, bajo los disparos de la Justicia Republicana de un pueblo que no admite que los extraños le impongan leyes. A su lado murieron también sus más bravos y leales generales: Miramón y Mejía...

Las últimas palabras de aquel noble vástago de reyes y emperadores, fueron dignas de su caballeresco heroísmo:

—Mexicanos, voy a morir por una causa justa: la de la Independencia y libertad de México. ¡Quiera Dios que mi sangre haga la felicidad de mi nueva patria! ¡Viva México!...

Algunos años después, al salir de subteniente de la Guardia Imperial Rusa, cuando apenas si había cumplido los quince años, el capitán Montiel, en un cuarto del Hotel Germania, de Moscou, me entregó un paquete de cartas: una espada con empuñadura de oro: un joyero de plata repujada, y una sortija de oro cincelado, con dos águilas de esmalte, y un ópalo dorado, tan lleno de irisaciones, que parece un amanecer marino visto a través de un topacio.

—Aquí tenéis el secreto de vuestra vida. Conservad esa espada y hacedla en

vuestras manos oigna del héroe mártir que la ennobleció con las suyas. No olvidad ese anillo, y portadlo siempre en vuestros dedos, como un talismán... El único día que su dueño anterior lo olvidó, aquel día cayó en poder de sus enemigos, y pagó con su vida las ambiciones extrañas...

Leí las cartas: ellas probaban mi alcurnia imperial.

Unos amores románticos del Archiduque Maximiliano de Austria y de una Princesa italiana, idilio que interrumpió la muerte, me dieron la vida. Estas cartas, una espada, una sortija imperial y un joyero lleno de los más extraños ópalos que hayan podido ver ojos humanos, son mi única herencia.»

Al llegar hasta aquí, el capitán Montiel me interrumpió, mostrándome la sortija imperial del ópalo color de topacio.

—La historia se repite. El padre olvidó un día este amuleto, y cayó acribillado por las balas; el hijo lo dejó olvidado también, y murió estrellado en la Eoca del Infierno.

Nadie puede evadir las saetas de ese arquero invisible que se llama el DESTINO.

Fernando Villalpando

Dolor de cabeza

neurálgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídanse en farmacias.

MUEBLES

de lujo y económicos. Sección de alquiler en los pisos entresuelo y principal.

Casa Sotoca

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

Farmacia de la Viuda de G. LOPEZ

Plaza de Isabel II, 1.-Madrid.

Evita el dolor de muelas.

Alcoholato

ELIXIR DENTIFRICO

Perfuma el aliento

Alcoholera.-Carmen, 10

FOTOGRAFIA

BIEDMA

CALLE DE ALCALA, 23

Teléfono M 730.-Hay ascensor

No se olvide que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y color naturales. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

RELOJES REGISTRADORES

para controlar las entradas y salidas de obreros y empleados.

Gastón Williams & Wigmore C. A. - Sevilla, núm. 16

MADRID



PRENSA POPULAR ha puesto a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

La Garra.—La fuerza del mal.—Fantasmas.—La raza.—Como buitres.—La espuma del champagne.—Aire de fuera.—El abolengo.—Nido de águilas.—La estirpe de Júpiter.—María Victoria.—En cuarto creciente.—Como hormigas...

Las zarzas del camino.

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

Pídanse a librerías, a nuestros Corresponsales y a esta Administración, Madrid, Calvo Asensio, 3

Treinta y un años de éxito creciente.

**SUEÑO REPARADOR
Y PLENITUD DE VIDA.
CONSEGUIRÁ USTED**

venciendo definitivamente
su neurastenia, anemia,
inapetencia, desnutrición, etc.

Pida Vd en todas partes:

HIPOFOSFITOS-SALUD



TRIUNFO

Suscribase usted

A NUESTRAS POPULARISIMAS REVISTAS

Madrid y Provincias. Extranjero.

La Novela Corta	Año	7,50	10,00
La Novela Teatral		11,00	14,00
La Novela Corta y la Novela Teatral		17,00	22,00

(Suscripción combinada.)

La suscripción empieza con el primer número de cada mes,

PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498



**MAQUINAS PARA ES-
CRIBIR DIRECCIONES**

2.500 direcciones por hora

sin posibilidad de equivocación.

Una sola máquina "ADREMA"

hace el trabajo de 20 empleados.

Se amortiza a sí misma en un plazo máxi-
mo de dos años.

Catálogos y presupuestos gratis.

Véalas funcionar en la

Papelería Americana, Espoz y Mina, 14, Madrid